

NOCHE BUENA 2004
“De Nazaret a Belén”

A María le faltaban pocos días para que diese a luz, cuando nos enteramos del decreto del emperador Augusto que nos mandaba empadronarnos para hacer el censo; para eso teníamos que ir a mi lugar de origen, a Belén.. En momento más inoportuno no nos podía haber tocado. Fue en la Sinagoga donde me enteré. Lógicamente, fue una noticia nada agradable. En el estado en que estaba ya María... Al llegar a casa se lo comuniqué. Ella, se miró el vientre, lo acarició, alzó sus ojos que se juntaron con los míos y solo exhaló una sonrisa al tiempo que se encogía de hombros en señal de aceptación. Yo no terminaba colocar en mi corazón este viaje que se me antojaba nada oportuno. No hacía más que pensar en ella y en la criatura que María llevaba dentro. No terminaba de entender a Yavhéh, nuestro Dios. Me venía a la cabeza y al corazón cuando casi nueve meses antes María me dio la noticia de que estaba embarazada y lo mal que lo pasé hasta que se me reveló que la criatura era fruto del Espíritu Santo. Ya en aquel entonces me costó aceptar la manera de hacer de nuestro Dios, aunque renuncié a repudiarla en secreto como había pensado; pero durante un tiempo “la procesión iba por dentro”. Eso, poco a poco, lo fui asimilando. Y ahora ... el viaje a Belén... ¿No podría hacer Dios las cosas de manera más oportuna? Mis interrogantes me asaltaban en todo momento: “si la criatura es el Hijo de Dios, por qué Dios pone tantas trabas y dificultades?”. “Si es hijo suyo podría tener un poco más de cuidado, orientar las cosas de otra manera, tener en cuenta el momento más oportuno, no exponer a mi esposa ni al niño a cualquier dificultad...”. En fin, que no terminaba de entender la manera de hacer de Yavéh. Esa noche comenté con María todos estos pensamientos que no dejaban de asaltarme la cabeza y que impedían conciliar el sueño. María me escuchaba atentamente, movía lentamente su cabeza abajo y arriba dándome a atender su atención y como si a ella también se le pasaran esas cosas por su cabeza. Pero cuando yo terminé de hablar, ella tomó mi mano, me dio un beso, me pasó su mano por mi cabeza, volvió a mirar su vientre, permaneció en silencio y al final, como si el mismo Dios me hablase, me dijo: “José, a mí también me resulta difícil entender a nuestro Dios. Pero ... si se ha querido encarnar en nuestro barro, si ha querido asumir nuestra condición y la condición de los pobres, parece ser que quiere que su hijo pase por lo mismo que pasan no pocas personas y familias sencillas y humildes. Parece ser que el buen Dios no quiere hacer excepción alguna con su hijo... ¿Has pensado cuantas mujeres estarán en parecidas circunstancias a las mías? ¿No crees que serán muchas familias para las que este momento tampoco será el más oportuno?” .. Ella calló esperando mi respuesta. Yo permanecí en silencio y solo supe responder: “En fin, que Dios quiere tomarse muy en serio lo de encarnarse en este mundo... , lo de entrar en él por la puerta de todo hijo de vecino...”. “Pues sí”, contestó María, “parecer ser que se lo ha tomado muy en serio. Pero esto desde el principio...; no tienes más que pensar a quien ha ido a elegir como madre, a una aldeana pobre y sencilla, enamorada profundamente de un joven trabajador como tu que, aunque descendiente de la estirpe de David, se tiene que someter como cualquier otro a los dictámenes del emperador y trabajar duro para poder comer un pedazo de pan...”. Y después, María, como quitando hierro al asunto y con cierta ironía, al tiempo que me abrazaba, dijo: “¿recuerdas a las hijas de los sacerdotes y de los fariseos lo orgullosas y nerviosas que están, pensando que el Mesías nacieran de ellas? Y ya ves como este Dios nuestro, se fija en la hija de Joaquín y Ana para ser su madre.. Bueno y también se ha fijado en ti, claro. Se ha fijado para que tu hagas de padre...; no

creas que eso no tiene importancia, pues que Dios confíe en José el carpintero para educar conmigo a su hijo...”

Ante la reacción de María, yo no tenía palabra alguna que objetar. Confieso que me ayudó a que creciera en mí la confianza en Dios.

Ya era tarde, pero antes de dormir, tomé las Escrituras, nos pusimos en clima de oración y leí al profeta Isaías: “El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que vivían en tierra de sombras una luz les ha brillado. Has multiplicado su júbilo, has aumentado su alegría”, y terminé leyendo: “Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: sobre sus hombros descansa el poder, y su nombre es: «Consejero prudente, Dios poderoso, Padre eterno, Príncipe de la paz». “Establecerá y afianzará el trono y el reino de David sobre la justicia y el derecho, desde ahora y para siempre”. Un momento de silencio y María, antes de darme las buenas noches, me dijo: “¡Lo que le espera a esta criatura!”. Y yo, con mucha paz y devolviendo a María su sana ironía de antes, le dije: “y a nosotros”.

Al día siguiente nos levantamos antes de la salida del sol. Nos esperaba un largo camino. Durante todo el trayecto yo iba con el corazón encogido y máxime cuando el borriquillo tropezó más de tres veces en terreno parecido. Pero la complicidad con María que me remitía constantemente a la confianza en Dios, me ayuda a vivir el trayecto con gran paz.

Belén estaba abarrotado de gente. A muchos conocía, nos saludábamos... No dejaban de ser descendientes de los mismo que yo lo era. Fuimos enseguida a buscar cobijo en alguna posada, pero... Nada. Era de esperar. Al final, a las afueras del pueblo no habían dicho que había una cuadra con animales y que tal vez allí... Y así lo hicimos. María ya me había avisado que no sería raro el que diera a luz y así fue. ¡En mi vida me había visto en otra igual!. Pero todo fue buen. El silencio parecía gritar con fuerza y la noche cerrada. A media noche, unos pobres pastores llegaban al lugar. Conocían bien la zona. Les hicimos pasar, ellos nos miraron detenidamente, después dirigieron sus miradas al niño; parecían extasiados. Después se miraron unos a otros, afirmaron con la cabeza y se postraron ante la criatura con gran devoción. Con sus ojos iluminados nos contaron lo que un Ángel les había dicho. Nos dejaron unos presentes y se fueron como si tuvieran mucha prisa y llenos de alegría. Yo comenté con gran gozo a María: “Este Dios ha revelado a estos pobres como nosotros, el nacimiento de su Hijo!”. Y María susurró: “Y así lo seguirá haciendo de generación en generación”. De pronto, como si de un coro de Ángeles se tratase, oímos cantar: “Gloria a Dios en los cielos y en la tierra paz a los hombres a quienes ama. Hoy ha nacido el Salvador”.

En estas, oigo una voz: “Manolo, a cenar”. Y yo terminé de escribir lo que estaba rezando: “La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres... El se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo” (Tito 2, 11-14)

Manolo Barco